

Víctor Andrés Belaunde (1883-1966)

José Agustín de la Puente Candamo

Pontificia Universidad Católica del Perú

Víctor Andrés Belaunde nació el mismo año del Tratado de Ancón. No fue un año cualquiera. El tratado se firmó el 20 de octubre y Víctor Andrés vino al mundo el 15 de diciembre. Es interesante esta fecha. Él vivió el tiempo de la postguerra inmediata y vivió la reconstrucción del país. Eso vale mucho para su biografía. Yo quisiera dedicar un minuto a ese tema, reflexionar qué significó la reconstrucción del país luego de una guerra tan desastrosa. El Estado Peruano quedó deshecho: sin ejército, sin marina, sin estructura de Estado. Pero entonces, ¿por qué se levanta el Perú?, ¿por qué se reconstruye?¹

Jorge Basadre se lo pregunta muchas veces y con especial profundidad: se levanta porque hay un espíritu adentro de la gente que quiere decir que desea seguir siendo peruana. Es una especie de plebiscito secreto, un plebiscito sin solemnidad alguna. Basadre lo comenta muy bien cuando dice que una mañana, un peruano se levantaba de su cama y comenzaba a trabajar, ¿por qué trabajaba? La pobreza era general, uno no iba a hacer fortuna con su trabajo. Trabajaba por la conciencia de ser peruano. Yo a veces pienso en un distingo, tal vez sea polémico pero puede ser simpático: en la guerra fue derrotado el Estado Peruano que quedó en la sombra, quedó oculto. Pero la nación peruana no murió. La nación se levantó y se levantó sola, sin apoyo alguno. Nadie la apoyó, ningún país del mundo nos apoyó, aparte del discurso de Guzmán Blanco, presidente de Venezuela, que expresó abiertamente su simpatía por el Perú.

No existía por ese tiempo ningún organismo internacional de control, arbitraje o de conciliación y como dijo un parlamentario chileno: la victoria es ley suprema de las naciones; y así que bajo esa soledad total nos levantamos. Esto tiene gran total importancia para Belaunde porque pasó una infancia muy so-

¹ Transcripción de la conferencia ofrecida en la Universidad de Piura el 28 de octubre de 2014, en el marco del coloquio “De la crisis presente a la crisis del presente”, con que se celebraron los 100 años de la famosa lección inaugural que Víctor Andrés Belaunde dió en la Universidad Mayor de San Marcos. El evento fue organizado por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Piura y la fundación Obra Pía de los Pizarro.

bria, por así decirlo. Una infancia difícil, con tristeza; no obstante que Arequipa no vivió la guerra directamente, no la sufrió tanto como Lima. Pero todo el país la sufrió y su familia también tuvo momentos difíciles que ayudaron a formar a Belaunde su personalidad.

Él no fue un hombre pesimista, más bien fue muy optimista; no obstante que en su infancia y su juventud hubo momentos difíciles. Es muy interesante cómo la desgracia y las aflicciones ayudan a fortalecer al hombre y lo levantan. Muchas veces la bonanza aplasta, en cambio el sufrimiento levanta a la persona. Algo de eso le pasó a Víctor Andrés. Él vivió su juventud con mucha dificultad tanto en Arequipa como en Lima y eso le fortalece su imagen del Perú: el Perú no como bonanza, sino el Perú como meta, como obligación de trabajo. Esto para entender mucho más tarde a Belaunde: él no fue pesimista en los momentos más difíciles; cuando tenía dificultades de diverso tipo, mantenía su entusiasmo y su vitalidad. Fue siempre un hombre con criterio amplio, un hombre conciliador.

Hace poco lo conversaba con unos amigos: muchas veces hay personas que son conciliadoras como Belaunde, otros que son de enfrentamiento, de violencia. Belaunde sufría con ese estilo de individuos; muy al contrario, era un hombre de entendimiento, que buscaba los puntos de acuerdo con las personas más distantes e inclusive con personas con las cuales mantuvo polémicas muy duras en distintos momentos de su vida. Más tarde se entendió con algunas de ellas, porque buscaba siempre el meollo de la decisión de cada persona.

Puede parecer un poco pintoresco lo que voy a decir, pero es verdad: en Belaunde no interesa solamente lo intelectual, la idea, el pensamiento, la creación intelectual; interesa su calidad humana. Él fue un hombre fundamentalmente bueno, conciliador, discreto, que buscaba la conciliación, no buscaba el enfrentamiento. Ese estilo humano llega al siglo XX, y forma parte de la Generación del 900. Todos sabemos qué fue la Generación del 900: hubo como un núcleo el servicio al país, como llevados todos por una idea central: servir al país para que empiece a caminar con sus propios pies.

Pensemos en que recién el año 1906 el ferrocarril central llegó a Huancayo y arriban al Callao los primeros buques de la Armada, más de dos décadas después de la guerra. Es a principios del siglo XX cuando el Perú empieza a caminar solo. Esto muchas veces no lo meditamos, no lo ponderamos, pero fue un tiempo de gran importancia porque fortaleció a las personas de esa época. Hay un pequeño libro de José Gálvez² que resulta muy interesante, porque ofrece la imagen del sufrimiento que vivieron esos hombres, y resalta que ello no les hizo perder la ilusión de la reconstrucción. La reconstrucción fue una síntesis de sufrimiento con esperanza, ambos se fusionaron paralelamente.

² José GÁLVEZ, *Una Lima que se va*. Lima, Euforion, 1921. Ahora en el segundo volumen de *Obras Completas*. Lima, OKURA, 1985.

¿Qué quiso la Generación del 900? Quiso estudiar al Perú para servirlo mejor. Los grandes libros de esa generación son libros ligados al Perú. Podemos pensar en las investigaciones arqueológicas de Julio C. Tello, los estudios de José de la Riva Agüero, y otras importantes figuras de esas décadas. El pensamiento de Belaunde quedó escrito en textos como *La crisis presente* (1914), *La realidad nacional* (1931), y *Peruanidad* (1942), que fortalecen al Perú como tema de estudio, como fruto del afecto y como obligación de servicio; esas tres ideas funcionan: el estudio, el afecto y la voluntad de servicio.

Y había otro elemento en este tiempo muy importante. Todo el Perú estaba unido frente a este tema: recuperar Tacna y Arica. Frente a la recuperación de Tacna y Arica no había discordia: hombres de partidos distintos y de mentalidades diversas, se unieron. Es muy importante esta lección: cómo un pueblo necesita una meta común, un objetivo común. Y en esta época, en medio de su pobreza, de sus dificultades, tuvo un objetivo común. No había peruano que no se dedicara a trabajar por la vuelta al Perú de Tacna y Arica. Recuerdo mucho, por ejemplo, las marineras –que eran muy simpáticas–, que hablan de la vuelta de Arica y la vuelta de Tacna y luego estudios serios como los que dedicaron los de la Generación del 900.

Insisto en la idea. Fue muy importante la meta común, el objetivo compartido, ese objetivo común como elemento de enlace y de concordia. Aquí principia a manifestarse la vocación peruanista de Belaunde. Belaunde fue un hombre de Derecho, fundamentalmente, pero se movió con mucha delicadeza en el campo de la filosofía y en el campo de la historia. Él profesionalmente fue un hombre de Derecho, y de hecho fue abogado del Perú ante conflictos internacionales, con un destacado desempeño profesional. Pero antes de eso, o además de eso, un hombre con vocación histórica y con vocación filosófica y con dominio de ambas disciplinas. A él no le gustaba que lo definieran, se reía cuando una persona, en un reportaje o un anuncio quería explicar qué era él y él decía siempre: “Yo soy abogado del Perú”. Fue abogado del Perú, pero no sólo eso. Fue abogado del Perú por el convencimiento histórico y doctrinario que tenía del ser del Perú.

¿Qué nos ha dejado él como testimonio de su vida? El discurso en San Marcos que ahora recordamos fue para él un reto. Así se lo dice en una carta a Riva Agüero. Unas semanas antes le expresa su angustia, una angustia muy grande porque tiene poco tiempo para opinar sobre esas ideas en torno a la crisis del Perú. Sabe que ese discurso, el discurso de orden en la inauguración del año académico de 1914, en San Marcos, era muy importante. Era un suceso nacional. Era el momento más solemne de la vida intelectual de San Marcos, que era aún la única universidad que había en Lima, y Belaunde preparó su discurso con un gran afán y entusiasmo. Le cuenta a Riva Agüero que está nervioso, que no sabe si va a tener tiempo suficiente porque el meollo de su discurso era realmente delicado.

Planteamientos negativos había muchos, y Belaunde presenta ideas en torno a la crisis de la guerra, la crisis económica, la crisis de la clase media, el entorno mundial en crisis, pero en medio de todo ofrece vías de optimismo para que el Perú se levante. La reconstrucción nacional –piensa Belaunde– ha dado sus frutos y el país ya puede caminar y de hecho está caminando. El problema que más lo angustia en su discurso y en otros textos es la falta de unidad, la discordia nacional. Él quiso, como también Riva Agüero, crear un partido político que reuniera a los antiguos civilistas, a los antiguos demócratas y constituir un partido nuevo: el Partido Nacional Democrático fue el nombre que le dieron. Y él tuvo gran ilusión y eso se frustró por numerosas circunstancias.

Hay un texto muy lindo que se difunde muy poco y apenas se conoce. José María de la Jara y Ureta, uno de los grandes intelectuales de ese tiempo, murió siendo embajador en Río de Janeiro. Pues bien, el discurso de Riva Agüero en el entierro de De la Jara es impresionante, porque es una especie de biografía del grupo humano al cual pertenecían ambos. Y él habla de la pobreza en que se vivía y de la ilusión en el futuro del Perú. Habla del Perú como ilusión. No ilusión vaga o pasajera, sino verdadera ilusión, un reto claro para trabajar decididamente por esa realidad. Eso estará siempre en el alma de Belaunde. Tanto él como Riva Agüero fueron estudiosos del Perú no sólo por el valor intelectual en sí mismo de cada tema, sino por la esperanza que esos estudios sirvieran a la reconstrucción del país.

Él lo dice muchas veces y lo dijo también en el discurso del año 14. La historia ha hecho al Perú y el Perú tiene más fuerza de la que aparece en la realidad para levantarse. Y a eso le dedicó buena parte de su vida. Tal vez el libro más interesante de Belaunde sobre el ser del Perú es *Peruanidad*, que se editó muchos años más tarde, en 1942. “Peruanidad” fue una palabra que Belaunde inventó o que de alguna manera llenó de contenido; a él le gustaba crear palabras, neologismos, y creó la palabra “peruanidad” para expresar el Perú como idea, como doctrina, como pensamiento; no como hecho, sino como idea. Y tal vez es el libro intelectualmente más interesante en el que se explica por qué nació el Perú y cómo se hizo.

Otro libro de distinto estilo fue *La realidad nacional* (1931), surgido en la polémica con los ensayos de José C. Mariátegui. Belaunde escribió además otras muchas obras pero siempre quedó como una referencia principal este discurso de la crisis, ¿cuál es el meollo de ese discurso? La crisis existe, pero ¿en qué consiste? Entonces subraya dos defectos grandes entre nosotros: la falta de unidad y la discordia, lo que básicamente lleva a una falta de continuidad y el personalismo.

Si pensamos en los pecados peruanos del siglo XIX y el siglo XX, tal vez el pecado mayor es la falta de continuidad. Apenas la conseguimos después de la guerra en la llamada “República Aristocrática”, desde Piérola hasta Pardo. En ese tiempo vivió Belaunde la crisis que ahora comentamos. Se había ganado

mucho en estabilidad. Salvo el golpe contra Billinghurst, el país continúa su vida institucional sin sobresaltos desde 1895 hasta 1920. Pero, en otros aspectos, todavía el Perú no está estabilizado. ¿Qué nos falta? Belaunde insiste mucho en el respeto hacia las instituciones. Si él estuviera aquí con nosotros nos diría lo mismo; era un poco el núcleo de su reflexión: la continuidad apoyada en la continuidad y el respeto de sus instituciones.

Además de la falta de continuidad, Belaunde habla del personalismo como el otro pecado nuestro: el gobierno o el partido fundado por la persona tal o cual moría con la persona tal o cual y fin, no había continuidad de las ideas, de los principios. Hay una pregunta que valdría la pena hacerla en este momento: ¿qué diría Belaunde si le preguntáramos, si le pidiéramos repetir su discurso del año 1914, cien años más tarde? ¿Habría dicho lo mismo? Tal vez sí, tal vez, en parte no. La crisis hoy día tiene otra cara muy distinta del año 1914; pero, ¿qué tenemos pendiente? Tenemos pendiente el respeto a las instituciones, el respeto a la ley suprema, a la ley superior, el respeto a la norma y el respeto a las instituciones. Hemos ganado mucho, muchísimo; pero falta también bastante.

Tal vez lo que más hemos ganado es, podríamos decir, en los importantes avances de las leyes sociales. En esa década se implantó la jornada de ocho horas y la ley de derecho a la huelga, que no estaba reconocida; la seguridad social es del año 1936, pero su discusión arranca en la década que ahora estamos comentando. Pero, tal vez el tema central que lamentaría Belaunde es que aún no se ha resuelto el tema de las inconductas y la responsabilidad personal, el tema de la fidelidad a todos los principios. La corrupción es un poco la versión negativa de todo lo que debió ser y no fue, y eso todavía lo tenemos pendiente.

También tenemos como elemento favorable que nunca en la República hemos tenido tan cercana la eliminación de la pobreza. Todos los economistas piensan que en este siglo, o en menos de cincuenta años se puede terminar con la pobreza en el Perú, meta que era una especie de espejismo en otros tiempos. O sea, el discurso hoy en día hubiera sido semejante pero distinto, y hubiera sido distinto por los elementos nuevos que aparecen en la vida social nuestra. Basadre ha estudiado mucho todas estas cosas que han surgido: la fuerza de la multitud, la presencia de la fuerza laboral y la fuerza empresarial en la vida del país.

¿Cuál sería otra nota que une a Belaunde con el discurso del 14? La lucha contra el egoísmo personal, en el sentido de fomentar la participación y la responsabilidad común en la vida del Estado. Ese es un tema que le apasiona en muchos textos. Como que la tarea pública no es un beneficio o un regalo, sino una obligación que se establece con el nacimiento mismo del país y la relación entre la persona y la nación. Este sería mi recuerdo con el inolvidable discurso que ahora comentamos. *La crisis presente* fue el nombre que le dio Belaunde, y lo mantuvo cuando se publicó años más tarde, y también cuando a fin de siglo

uno de sus nietos, Domingo García Belaunde, publicó una segunda edición del mismo texto con un excelente estudio de Pedro Planas. Un buen análisis jurídico y teórico, al mismo tiempo que práctico del discurso. ¿Cuál sería la conclusión que podría dar yo a esta presentación? Sigo un poco pensando que si él estuviera aquí con nosotros, yo creo que nos diría que hay que fortalecer la solidaridad, el sentido de responsabilidad social. Que el país nos convoca y que nadie debería sentirse ajeno a eso.

Belaunde vivió, lo mismo que Riva Agüero, la ilusión de crear el Partido Nacional Democrático. Era la síntesis de los antiguos partidos Civil y Demócrata. El fracaso de ese partido les afectó mucho: no tristeza, pero algo muy parecido a la tristeza, un cierto decaimiento. Del que se levantaron luego con energía y en los años treinta volvieron a la lucha. Si se pudiera pensar en la crisis mayor de la clase dirigente nuestra, la crisis mayor ha sido doble: personalismo y abstención. Por un lado, los que se abstienen por comodidad o por egoísmo, sin darse cuenta. Y luego la vocación muy personal sin pensar en la variedad de los problemas y sin pensar en la voluntad de servicio. Yo siempre recuerdo en esos temas a un hombre muy distante, pero que vio este tema. Un hombre del siglo XVIII que fue profesor en San Marcos: José Baquíjano y Carrillo. Él, en su famoso discurso: *Elogio al Virrey Jáuregui*, habla de la obligación de servir, de cómo el bien sin libertad no es bien, y cómo el hombre está obligado a servir a su comunidad como parte de su calidad de persona, pues con esta idea quisiera subrayar el recuerdo de Belaunde en la crisis presente: por encima de todo, su calidad de persona.